

tiéndote, que no tardará en ir á hacerte compañía un matrimonio. Tuyísima.

NITA.

V.

Carta del párroco de Santa Gertrudis á Juanita Guzmán.

Mi muy amada hija en el Señor: Bien veo que eres digna suecra de tus santos y benditos padres (q. g. h.), y no sé cómo manifestarte, no ya mi agradecimiento por tu generosidad, sino mi alegría al verte avanzar por el camino de las almas perfectas. De tí podrían aprender muchos, y no lo digo por tu pretendiente Enrique Lacalle, de quien esperaba mayor esplendidez, ya que se trata de hacer que la cara de Dios se sustente con el decoro necesario. Ha creído que con dos mil pesetas cumplía, cuando tú me envías seis mil duros sólo para empezar.

¿Es cierto lo que me dices de que ese muchacho Fernando Boltrán, que te visita, desea mandar á mi iglesia una custodia de oro, y hacer también su donativo en metálico? Siempre me había parecido una excelente persona, por supuesto que en ello veo tu mano; pues no perdona ocasión de traer ovejas á la majada de Cristo.

Acepto también tu convite, y todos los jueves me tendrás elmorzando contigo, además de que esto me proporciona, al tiempo que la tuya, la compañía de mi amigo el conde de Casabella, un buen cristiano.

Te bendice tu amigo y capellán.

EUSTAQUIO BONET.

VI.

La señorita de Guzmán habitaba la mitad de un hotel cuya otra mitad estaba ocupada por el conde de Casabella. Aquella mañana había salido el viejo párroco, y Juanita quedaba por única dominadora de la mansión.

Sonreía su alma y sonreía su rostro como si pasara á su sér toda la alegría de la naturaleza, y del sol, que después de besar las flores del jardín, iba á besar sus pies sobre la alfombra del *boudoir*. Fernando, sentado enfrente de Juanita, hojeaba un álbum. El era hijo de un difunto amigo del conde, y con este motivo, y el *chic* de visitar á una mujer á la moda, frecuentaba la casa; pero era quizás otra la señora de sus pensamientos, pues siempre estaba igual de comedido y grave en la presencia de la heredera de los Guzmanes.

Ella, aquel día más que nunca, hablaba con la inconsciente locuacidad de un temperamento excitado. Sobre una mesa cercana, en un bicaro vivía una rosa. Juanita la cogió, comenzó á deshojarla y la dejó caer. Fernando se inclinó y la devolvió la flor, siempre imperturbable y sereno. Como la rosa, cayó un abanico, y después un pañuelo, que fueron devueltos á la Guzmán, cada vez con frialdad menor.

Juanita, hablándole del donativo de la custodia, se entusiasma, y él también comenzaba á tomar con calor el asunto.

Juanita le había convenido de la forma en que debía de hacerlo, y le estaba agradecidísima por aquellas manifestaciones de amor á Dios; sólo la faltaba saber si el viril había de estar rodeado de brillantes, cosa que ella quisiera, aun comprometiéndose á pagar las tres cuartas partes de su valor. Aquel rasgo de Fernando era el que esperaba la buena hija de la Iglesia, para que su admiración fuese frenética. Era ya la una de la tarde y Juanita que parecía alargár ó cortar la conversación como si atendiese á tiempo marcado, no hacía más que mirar con disimulo al reloj de la chimenea, y daba de cuando en cuando una ojeada al jardín.

Al cabo, ante una pregunta categórica de la Guzmán, llegó el rasgo; Fernando dió su promesa de que el viril estaría orlado de brillantes. Juanita, entusiasmada, no se pudo contener y se arrojó á su cuello.

—Gracias, gracias, no esperaba menos— así le decía, mientras él, con cierta alegre turbación de sorpresa, la miraba sin atreverse á apartar de sí aquel cuerpo tan hermoso.

La puerta del comedor se abrió de improviso, y una voz dijo solemnemente: —La señorita está servida.

Juanita, con un admirable gesto de espanto, hacía como que quería desasirse del que no había pensado en asirla. Por la puerta del salón aparecía otra figura, que anunciaba á dos más venerables que la seguían, y se oyó decir con gran solemnidad: —El señor conde y el señor párroco de Santa Gertrudis.

VII.

Carta del párroco de Santa Gertrudis á Juanita Guzmán.

Mi muy amada hija en el Señor: Con ayuda de Dios todopoderoso, conseguiremos que se nos pase el susto que sufrimos el jueves, lo mismo tu buen tío que este pobre servidor. Si ya decía yo siempre á mi señor, el conde, que no era bien dejar sola á una muchacha como tú, expuesta, como ha sucedido, á que un hombre te haya dado un disgusto. Pero mira cómo la Providencia quiso que, cuando el seductor te tenía ya en sus brazos, entrásemos nosotros. Bendita y alabada sea la presencia de Dios.

No hores, ni te apures, hija del alma, que tanto tu tío como yo hemos obligado al infame que así abusó de la confianza, á que se case contigo. Yo no sé si á tí te gustará el tal Fernando para marido; pero siendo buena como eres, bueno le harás á él, y por otra parte ya sabes que es muy piadoso.

Tu tío ha dicho á todo el mundo lo del enlace, y un periódico de hoy publica la noticia. Esta misma tarde irá á verte y á consolarte tu buen amigo y capellán,

EUSTAQUIO BONET.

VIII.

Carta de Juanita Guzmán á la duquesa de Manzanares.

Chica, éxito redondo. El pobre muchacho azaradísimo, y yo inmejorable en el papel de víctima. El aburrido de Enrique se ha quedado con un palmo de narices. Y como yo había preparado la cosa, de modo que al cura le fuese simpático Fernando, mejor que mejor. Entre la custodia que, como sabes, era cosa mía, y los donativos, me resulta la boda por algún dinero, pero me he salido con la mía, y he despabilado á un tanto.

Dentro de un mes almorzaremos contigo en la Taverne Royale. Tuyísima,

NITA.

IX.

Carta de Enrique Lacalle al párroco de Santa Gertrudis.

Mi buen amigo: Le pido como el mayor favor que me señale hora para acudir á contarle mis cuitas, y recibir sus consejos. Ya decía yo que aquel Fernando era un canalla. No quiero perdonarlo nunca el que me haya robado la dicha. Es horrible su crimen, porque es un crimen abusar así de la confianza y de las bondades de una señorita. ¿Una mujer como Juana Guzmán, tan recatada, tan religiosa, tan buena!

Usted, que tiene el alma noble del sacerdote, me consolaré, sin duda. ¡Qué infamia, que crimen el de ese hombre! Es de usted invariable amigo,

ENRIQUE LACALLE.

Párroco de Répida.

# Crónica

## LOS NUEVOS BROTES

Con la mayor permanencia del astro rey sobre nuestro horizonte, coinciden los días de cielo diáfano y tibio ambiente, en los que la Naturaleza, como desparezándose del prolongado y forzoso letargo invernal, comienza á entrar de nuevo en un período de franca actividad. Muéstrase ésta más ostensiblemente en el reino vegetal, en donde aquellas plantas que en nuestro clima son, por decirlo así, los heraldos de la primavera, se engalanan rápidamente con tiernas y brillantes hojuelas, ostentando á la vista del contemplador las primicias de la más lozana juventud.

Y coincidiendo con el desarrollo foliáceo, vemos también cómo rompen su capullo las delicadas florecillas de los más preciados frutales, que en poco tiempo quedan cubiertos por centenares de ellas.

Súmanse á éstas, para completar el vistoso y armónico cuadro, otras de especies herbáceas, que son siempre las primeras en halagar nuestros sentidos con sus vistosos colores y suaves aromas.

La multitud de canoras avocillas, que surcan alegres el espacio, contribuyen igualmente á dar mayor tonalidad á la incipiente primavera. Aún no están vestidos con su verde follaje los elevados

y copudos árboles, y ya buscan solloitos los pajarrillos las ramas mejor situadas para construir en ellas el artificio nido en que han de perpetuar la especie...

Y mientras la Naturaleza resurge á la vida en sus más bellas y sublimes manifestaciones, quizá el hombre, no queriendo aprovechar tan elocuentes ejemplos, perdure en su inactividad ó inercia suicidas, y confiándolo todo al acaso, y dejando trascurrir los días y aun los años, llegue á los umbrales mismos del sepulcro sin haber contribuido con lo más mínimo á la obra redentora de progreso y civilización, semejando á un árbol para el cual no llegase nunca la primavera, y tuviese que aparecer constantemente desprovisto de hojas y de frutos...

Los anhelos de regeneración; las ansias de mejoramiento social é individual que todos sentimos, podrían convertirse bien pronto en consoladoras realidades si huyendo de la ingénita y proverbial pereza que nos aniquila, pusiéramos en funciones, sin reservas ni desmayos de ningún género, las energías cerebrales con que al Hacedor le plugo dotarnos. De este modo, y haciendo cada cual el mejor uso posible de sus especiales y probadas aptitudes, y ejercitándolas con la perseverancia que la causa de la humanidad y el propio instinto de conservación reclaman, es seguro que llegaríamos á ser un pueblo próspero y feliz.

No continuemos, por Dios, asemejándonos al árbol aquel que, en constante reposo invernal, permanece estacionado é inerte, expuesto á caer bajo el hacha del leñador que le crea desprovisto de vida.

A. G.

Ciudad Real 5 Marzo 1903.

## EL POETA

(DE VÍCTOR HUGO)

"Muses! contemplez ta victime!  
Lomartine.

Que pase en paz por el tropel injusto  
De un mundo cuyos goces él ignora:  
Que pase en paz el desgraciado augusto  
A quien su alma devora.

Huid placeres, huid su anstera vida,  
Y respetad sus pidiócos dolores,  
Que su palma no crece confundida  
Con vuestras vanas flores.

¡Ah! no turbeis con locas alegrías  
Su insomnio ardiente y su inspirado canto...  
¡Ved! cada paso en las sublimes vías  
Se riega con su llanto.

Llora su juventud sin embeleso,  
La vida en su mañana marchitada,  
De la inmortalidad al grave peso  
Débil caña doblada.

Y llora, bella infancia, tus encantos,  
Tus juegos bulliciosos, tu alegría,  
Tus dulces risas, tus pueriles llantos,  
Tu pasado de un día.

Y el ala de oro donde tu reposas,  
Y tu placer purísimo, inocente,  
Y tu corona de aromadas rosas,  
Que se secó en su frente.

A su siglo, á su lira acusa airado,  
Y á su esperanza dulce é ilusoria,  
Y á la copa funesta que ha colmado  
De tanta hiel la gloria.

Y á sus votos siguiendo las fatales  
Promesas de su genio con anhelo,  
Y á su musa y los dones celestiales  
Que no son ¡ay! el cielo.

¡Si al menos los pesares con que lidia  
Aletargase bienhechor beleño,  
Y sus triunfos pasaran, y la envidia,  
Sin alterar su sueño!

¡Si preparar pudiese su memoria  
El olvido, y de esplendor velado,  
Como en el sol un ángel, en su gloria  
Quedarse sepultado!

Mas no; que es fuerza en la común arena  
Seguir de la ola el ímpetu violento,  
Y respirar el aire que envenena  
El hombre con su aliento.

Su grave voz se pierde en el torrente  
De la ignorancia y del orgullo vano...  
¡Los hombres juegan con el cetro ardiente  
Que pesa ¡ay! en su mano!

¿Qué importa vuestro imperio corrompido  
A ese inmortal que en soledad suspira?  
¿No tiene vuestro mundo asaz ruido?  
Sin su canto y su lira?

¿Por qué de sus dominios tan distante  
A ese monarca conducís, insanos?...  
¿Qué importa, respondedme, á ese gigante  
Un séquito de enanos?

Dejadle entre sus sombras, do desciende  
La luz que dá más vivos resplandores:  
¿Sabeis que allí su musa el ala extiende  
Y arrulla sus dolores?

¿Sabeis que vierte en su vigilia inquieta,  
La paloma de Cristo inspiraciones,  
Y el águila sublime del profeta,  
Dejando sus regiones?

Y en las santas visiones del desvelo  
Solos tal vez y esteras apagadas,  
Pasan en multitud por otro cielo  
Visible á sus miradas.

Y busca, por querubes conducido,  
De qué formas y aspectos ignorados,  
El ser universal es revestido  
En mundos apurados.

¿Sabeis que abraza su mirada intensa,  
Y que en el velo que toca vuestra mano,  
Ese velo que cubre su alma inmensa,  
No se levanta en vano?

¿Sabeis que su ala en un batir podría  
Salvar de los extremos el camino,  
Para pasar de la infernal orgía  
Al banquete divino?...

Dejad por sus senderos solitarios  
Al que marcó el señor con ese sello,  
Sello que veis, mortales temerarios,  
Fueusto como bello.

Sus ojos ¡ay! divisan más misterios  
Que los que veen los muertos en las losas  
De sus abandonados cementerios,  
En horas silenciosas.

Y vendrá día en que con laud bendito,  
Y de un augusto sacerdocio armado,  
Lo envíe la musa á un mundo de delito,  
Y de sangre abrevado.

Para que ilustre vuestro orgullo ciego,  
Que ama el error y á la verdad rechaza,  
Y del Dios poderoso lleve el ruego  
Al hombre que amenaza.

Un formidable espíritu lo enciende...  
¡Parece... y en relámpagos lanzada  
Su alta palabra, los espacios hiende  
Y es do quier escuchada.

Culto le dan los pueblos de la tierra;  
Forman los rayos su corona ardiente...  
¡Suav! divino que tronando encierra  
Todo un Dios en su frente!

## EL PASADO CARNAVAL

Desaparecieron de los escaparates las caretas y demás atributos de Carnaval; el aire, los vestidos y la limpieza pública barrieron los últimos papelillos de las calles, la postrer carcajada de Pierrot se perdió en el eco de la campana que con su sonido monótono y candelencioso anunció al miécoles de Ceniza; la locura se trocó en formalidad y pasó al mundo de los recuerdos un Carnaval más, transcurrido como todos, uno menos en nuestra existencia, al cual asociarán los más impresiones pasajeras, los menos alegrías y venturas íntimas.

El Carnaval se va. Cada año que transurre se observa menos variedad en las máscaras, escasez de gusto en disfraces, desapareciendo lo que en pasados Carnavales constituía la nota de color, la alegría entre la abigarrada multitud de los mascarones vulgares, los disfraces caprichosos y artísticos de los niños, los bailes infantiles, formales, serios, que constituían un verdadero pugilato entre los padres, haciendo cada cual derroche de gusto y medios para sobrepujar en la distinción y novedad de los trajes de los hijos. Hoy todo eso ha desaparecido, Los nuevos